

Entrevista a Luis Sáez Rueda, por Juan David Zuloaga Daza

EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2012 estuvo en Colombia el profesor Luis Sáez Rueda (Almería, 1963), invitado por las Universidades: San Buenaventura, Libre, El Bosque y Pedagógica Nacional, para pronunciar varias conferencias y estrechar lazos con la Universidad de Granada (España). Luis Sáez Rueda es una de las figuras más sobresalientes y sugerentes de la filosofía española contemporánea. Es profesor titular de Filosofía en el Departamento de Filosofía II, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Cartuja, en Granada, España. Se formó en la Goethe Universität de Frankfurt y, bajo la dirección –entre otros– de A. Wellmer y A. Honneth, investigó en el pensamiento de K.-O. Apel. Su especialidad es la filosofía contemporánea y ha sido autor de: *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad* (2009), *El conflicto entre continentales y analíticos* (2002), *Movimientos filosóficos actuales* (2001), *La reelustración filosófica de K.-O. Apel* (1995) y, *La pragmática trascendental y el problema de la fundamentación última en K.-O. Apel* (1991). En la actualidad adelanta un proyecto de investigación sobre *La filosofía como terapia social* que aspira a diagnosticar “patologías de la civilización” en las culturas presentes.

– JDZD: *Actualmente usted dirige el grupo de investigación: “Pensar Occidente” en la Universidad de Granada. ¿Cuál es el objeto de estudio del grupo?*

– LSR: Al grupo de investigación le preocupa la situación cultural y espiritual de Occidente, el proceso de decadencia en el que se encuentra. La investigación comenzó hace ya casi una década a través de otros proyectos del que éste es continuación. En la etapa anterior habíamos estudiado, junto a otros colegas, las consecuencias nefastas del nihilismo, centradas fundamentalmente en la cosificación de todo lo real a manos de un ser humano desarraigado de la existencia, sin mundo y ayuno de sentido, embebido por eso en su autoafirmación como dueño y administrador de lo existente. El mundo occidental, convertido en “nada”, parece vengarse ahora de su verdugo, propiciándole un malestar clandestino que lo devora y lo sume en el vacío. Lo que, en general, estudiamos en la presente etapa, aportando cada miembro su personal perspectiva, por supuesto, es el malestar que, por así decirlo, ha secundado a ese vaciamiento del mundo bajo la forma de patologías de civilización.

– JDZD: *¿Qué podemos entender por patologías de civilización?*

– LSR: Son enfermedades que afectan al cuerpo entero de una sociedad, desde sus raíces colectivas más profundas. Se reflejan como un eco o síntoma de superficie en la vida de los seres humanos concretos, de los individuos, pero su poder patógeno reside en emponzoñar las fuentes subterráneas de la cultura, en desvitalizar el substrato sobre el que crecen formas de vida y modos de comprensión de lo que nos rodea.

– JDZD: *¿Resulta lícito extrapolar categorías de la medicina y de la psicología que pretendían explicar el comportamiento y los padecimientos del individuo al plano de lo social?*

– LSR: Con esta pregunta se toca una cuestión filosófica de primer orden. El uso de esta categoría es problemático, y no sólo por la extrapolación a la que usted se refiere, sino también porque parece presuponer una clara separación entre “salud” y “enfermedad”, a-histórica, pura, fuera de toda relatividad y controversia. Pero, desde la antigüedad clásica grecolatina, el pensamiento filosófico viene utilizando tales términos vinculados a la vida de una civilización entera, y resultaría bochornoso caer en el chantaje de la ciencia contemporánea más positivista, que tras reducir y segmentar a su medida, se atribuye la potestad sobre esa terminología y sus sentidos. Comenzando por el primer problema, habría que señalar que quien “padece” no es primariamente el individuo. Un ser humano concreto existe y vive en el seno de las relaciones sociales. Su “mundo” personal no es reductible, ciertamente, al colectivo, pero no puede explicarse sin él. El “mundo sociocultural” padece. Padece en el sentido etimológico del término, es decir, se ve afectado por, experimenta esas patologías. Hemos de tener cuidado, pues, y no extrapolar directamente los significados de patologías concretas a las colectivas. Las primeras sólo pueden servir de metáfora para referir a un espacio supraindividual, el cual, por lo demás, está sujeto a una interpretación falible y siempre renovable. Pero, al mismo tiempo, deberíamos reclamar a las ciencias de la salud y de la conducta un interés investigador dirigido al nexo que guardan las enfermedades individuales con las de civilización. La necesidad de un trabajo conjunto entre psicopatología y filosofía se hace, de este modo, notoria. Cabe preguntarse, entonces, dónde ponemos el límite entre salud y patologías en la *civilización*. Una cuestión así admite diversas respuestas, pero en cualquier caso debe apartarse de un grosero dualismo. La patología de civilización no es un fenómeno externo y opuesto a la salud,

sino el declive y el desvanecimiento de ésta. Desde mi punto de vista, tal desvanecimiento de la salud civilizatoria consiste en una pérdida de esa potencia interna a la vida de una colectividad que le permite recrearse desde sí misma y la prepara para, dejando en libertad las posibilidades que ha ido adquiriendo, generar una nueva *tierra*.

– JDZD: *¿Según los estudios realizados en el grupo, cuáles son las patologías más preocupantes de nuestro tiempo?*

– LSR: Es muy difícil sintetizar la multiplicidad de fenómenos en este sentido, precisamente porque no tienen una única lectura: son poliédricos. Sirva de endeble y vaga aproximación lo siguiente: en la esfera de la acción pública, de carácter ético-político, cabe destacar la desertización del *ethos*, de la urdimbre de fuerzas afectivas en la que se trama la existencia en común y sus valores compartidos. Este fenómeno creciente, promovido por una multitud de factores, como la racionalización del mundo de la vida y la reducción de la *praxis* a acción funcional o estratégica, da lugar a una comunidad que ya no aspira a trascenderse. Pierde de vista a un ritmo acelerado que está llamada, no a perpetuarse, sino a intensificar su valor intrínseco. Queda reducida, entonces, a la exclusiva meta de su pura conservación. Una comunidad así corre el riesgo de la impasibilidad respecto al valor de su propia existencia y, complementariamente, de querer su *nada* y regocijarse en ella. Todo esto, como he dicho, son sólo retazos de un complejo haz de fenómenos. Lo más preocupante, no obstante, es quizás que el mundo occidental no experimenta realmente semejante amenaza, sino sólo a través de un malestar clandestino generalizado. Es como si se mantuviera, silenciosamente, organizando su vacío, en un mundo que se niega a presentarse en escena más que en el modo de la ficcionalización.

– JDZD: *¿Qué significan la ‘organización del vacío’ y la ‘ficcionalización del mundo’ que usted señala en Ser errático?*

– LSR: Son conceptos con los que intento, personalmente, vincular el conjunto de patologías de la civilización occidental actual. Desde mi punto de vista, el peligro que acecha al presente afecta tanto al vacío existencial como al modo de arreglárselas con éste. Las patologías socioculturales tienen por agente patógeno la generación de vacío. Y este vacío es más destructor que el que comúnmente asociamos con el experimentado en la angustia existencial. Para experimentar angustia existencial es necesario no estar vacío. En ella

se experimenta la amenaza de éste, del absurdo de una vida, lo cual necesita buena dosis de altura espiritual. El vacío de Occidente es hoy su ausencia de lucidez y de altura espiritual. El vacío colectivo no es propiamente un estado, sino la ausencia de un estado, la ausencia misma. Y, esto es así, porque a Occidente le falta entenderse a sí mismo como un proyecto cualitativo. O, de otro modo, porque carece de una auténtica voluntad para autotranscenderse en formas más ricas y dignas que no sean las meramente pragmáticas y utilitaristas. El mundo en el que habitamos como existentes atesora tanta riqueza de posibilidades que podría decirse, como he defendido en *Ser errático*, que el hombre es un puente entre el suelo que pisa y una tierra por crear. El presente mismo siempre pide al hombre un advenir, como si demandase salvar su fugacidad en formas más ricas y dignas de eternizarse, en un movimiento infinito o, mejor, cobijando lo infinito en la finitud. Y en ello radica, creo, la más grande y hermosa experiencia de los seres humanos. Sin embargo, el hombre contemporáneo se encuentra inmóvil en el seno de un gran movimiento aparente. Todos los cambios y transformaciones que el progreso occidental proporciona vertiginosamente dejan intacto el modo de existencia del occidental y la forma en que comprende el mundo. Alientan la expansión meramente cuantitativa de una vida orientada exclusivamente hacia el dominio material del mundo y su administración cosificadora. El occidental no crea cualitativamente nuevos cauces más allá de éste. Sus movimientos son parecidos a los de un compulsivo encerrado en su habitación y obsesionado con ordenar los objetos una y otra vez. Es un compulsivo devenir en la vacuidad. Le “hace falta” lo que profundamente “echa en falta”, salir de esa habitación, como les ocurre a los personajes de *El secreto encanto de la burguesía*, la ingeniosa película de Buñuel. Encerrado en ese mundo unidimensional de dominio y administración, que es el signo de su vacuidad, lo organiza constantemente, dándole formas variadas que lo inmunizan contra la transformación que en el fondo ansía y teme. En tal situación, estamos llegando a una general ficcionalización del mundo, pues parece que avanzamos hacia algún lugar cuando, en realidad, sólo damos vueltas sin crear ninguna ruta.

– JDZD: *Ya en Ser errático usted había señalado la ficcionalización del mundo como uno de los males del presente y, como una de las consecuencias que de él se desprenden, lo que llama usted una ‘agenesia’, una incapacidad para crear nuevos mundos. ¿Cómo, entonces, dados esos presupuestos, sería posible salir de la situación actual?*

– LSR: La salida es tan sencilla como difícil. Sencilla porque, siguiendo el símil de esa película de Buñuel, le basta con “percatarse” de que la puerta está abierta a la inmensa exterioridad y de que su blindaje es sólo una ilusión. Es, sin embargo, difícil, porque el “percatarse”, en este caso, concierne a la autoexperiencia global de una civilización. Un individuo despierto, un grupo determinado dispuesto a la transformación o una miríada de conciencias diseminadas aunque interconectadas en la red social, están condenados al fracaso y son absorbidos como respetados críticos reducidos a la superfluidad. Esta es otra hiriente realidad del presente, la melancolía que, como dijo Ortega y Gasset una vez, adviene al pensamiento cuando advierte su impotencia ante los poderes del presente. Se hace necesaria, pues, una toma de conciencia global. La globalización en la que nos encontramos, que es ante todo económica y tecnológica exige, pues, una *mundialización* de la reflexión, no sobre las contingencias y debilidades en el sistema de la *reproducción material de la especie*, sino sobre el sentido mismo que posee la existencia de nuestra especie. No cabe duda de que la educación tiene aquí un reto casi trágico: debe, por mor del ser humano, hablar ahora contra el ser humano actual. Y ello de forma hasta provocativa, a riesgo de ser tachada de hostil y desestabilizadora.

– JDZD: *El subtítulo de Ser errático es Una ontología crítica de la sociedad. ¿Por qué es tan crucial el problema de la ontología? ¿Qué está en juego, no sólo en el plano de la filosofía, sino en el de la vida?*

– LSR: Resulta irónico que palabras fundadoras de la cultura occidental resulten hoy arcanos o prebendas de la intelectualidad. Pensar en la dimensión ontológica de la vida colectiva es, simple y llanamente, pensar en los presupuestos de la experiencia tácita que los humanos hacemos del mundo. Para los griegos era algo tan natural como el vestido y la manutención. Es una patología de nuestro presente precisamente esa identificación de lo concreto y de lo máximamente real con lo puramente inmediato de los problemas. Se vierten ríos de tinta en todos los medios sobre lo “plenamente actual”, la noticia del día o los avatares, por ejemplo, de un déspota cualquiera. Así no se cambia nada. El poder necesita de esa crítica menoscabada, centrada en lo que posee presencia explícita. Y sobran pseudo-revolucionarios que “están al día” y comentan las minucias de cada movimiento en el escenario mundial. Necesitamos revitalizar la curiosidad por lo que acontece ontológicamente, es decir, por la imagen implícita de lo real que subyace a los fenómenos explícitos, por lo que acontece de modo invisible en y a través de lo visible.

Eso es hacer ontología. Y no es necesario que quien lo haga posea un título académico. Cualquier ser humano puede hacerlo, con la simple condición de que reconozca en sí mismo algo más alto que él: el destino lo humano en cuanto tal. Está en juego, pues, la grandeza del pensar y, junto a ello, el futuro de la humanidad.

– JDZD: *En distintas ocasiones usted ha señalado la necesidad que tiene la filosofía de ceñirse a las exigencias que la vida cotidiana reclama. ¿Qué puede decirle la filosofía a sociedades como las nuestras?*

– LSR: La filosofía, como decía Gilles Deleuze, comienza por entristecer. El mensaje filosófico, si lo es de verdad, no puede dejar de perturbar e inquietar. Sólo cuando el lúcido desasosiego llega al extremo del dolor puede el hombre ser conmovido de verdad. A sociedades como las nuestras, las occidentales, la filosofía tiene el deber de presentarles con crudeza sus miserias, sus autoengaños, sus falsos prestigios. Hoy, más concretamente, ha de susurrarles al oído que viven en la ficción de una autorrealización experimentada como inusitada y diamantina proa de la historia. Hay que mostrar que el ser humano occidental no está a la altura de sí mismo. Y, de vez en cuando, recordarles que están sometidas a una felicidad por decreto, que deben expresar, sin temor al escarnio, su malestar y su vacío.

– JDZD: *¿Cómo podría la filosofía tener injerencia en los problemas de la España actual, sumida en una honda crisis axiológica, social y económica? ¿Cómo podría la filosofía hablarle a un país como Colombia, acuciado por una guerra interna y también sumido en una crisis axiológica, que es, claro, la de nuestro tiempo?*

– LSR: Hace tiempo que dudo sobre este asunto. Los libros han dejado de interpelar a los hombres y, en esa coyuntura, las redes sociales se ofrecen como una vía para el mensaje rápido, conciso, influyente. Tal vez haya que vender el alma al diablo y probar en estos nuevos medios de comunicación de masas, con la esperanza de rescatar lo perdido. En unos bellísimos versos, decía Antonio Machado: “¡Españolito que vienes al mundo, una de las dos Españas ha de helarte el corazón!”. Es la primera cosa que debería decirle la filosofía a España, que supere su ancestral antagonismo interno, pues la mantiene en una constante e infructuosa “guerra incivil”, según la oportuna expresión de Unamuno. La creación de un espacio público vertebrado, de

una ciudadanía sólida, es fundamental en mi país. Si se consiguiese esa unidad civil interna quizás podría España hacer frente al que es ahora el mayor de sus peligros: dejarse dirigir, sin resistencia, por el neoliberalismo tan destructivo que gobierna el rumbo de Europa y que es expresión cabal de sus patologías. Respecto a Colombia no me siento autorizado a enjuiciar, sin una experiencia *in situ* de la que hasta ahora carezco, sus problemas de política interna. Haciendo abstracción de ello, me parece más oportuno dirigirle modestamente unas breves palabras tomándola como miembro de la comunidad latinoamericana en general. El mundo iberoamericano está siendo colonizado por las patologías de Occidente, si agudizamos la vista hacia el núcleo primigenio de éste, Europa y el campo de juego anglosajón. La circunstancia actual me parece de gran trascendencia. En la encrucijada entre lo propio y lo extraño, esta cultura nuestra no puede ni cerrarse en lo primero ni abandonarse a lo segundo. Expuesta a la Escila que representa ese peligro de sucumbir ante el potente influjo europeo y anglosajón, por un lado, y a la Caribdis de salvar sus problemas por el fácil camino de una defensa ciega y resentida de su singularidad, por otro; puede vencer una y otra aportando imaginativamente una mediación capaz de trascender ambos escollos. La necesaria resistencia al patológico escenario occidental puede transformarse con el tiempo en un don generoso hacia el opresor, es decir, en una reinención de su legado desde la creatividad autóctona.

– JDZD: *¿Qué lo ocupa ahora en su investigación filosófica?*

– LSR: Busco respuestas más concisas de las que tengo ahora a la decadencia de Occidente, por un lado. En otro orden de cosas, me intriga la fascinante conexión entre las imágenes del mundo que se nos ofrecen desde el presente, enigmáticamente convergentes, desde una intuición inicial, en la filosofía, la sociología, la biología y la física. Es curioso que, bajo la diferencia, haya coincidencia en reconocer la realidad que nos rodea como un “caosmos”, lejos tanto del caos como del orden absoluto.

– JDZD: *Usted vino a Colombia invitado por la Universidad San Buenaventura para dar un curso de Maestría ¿Cuál fue la temática del curso?*

– LSR: Me estimula creer que puedo ser útil en filosofía, a la vista del desprecio que mi mundo de procedencia manifiesta, en el seno de la crisis,

por esta disciplina. Intenté ofrecer un panorama de la filosofía contemporánea (occidental), centrado en el pensamiento actual de la diferencia. Para realizar una buena jugada, hemos de conocer el tablero entero.

– JDZD: *Miguel Villamil Pineda, Decano de la Facultad de Filosofía de Universidad de San Buenaventura, coordinó una serie de conferencias en la Universidad Pedagógica Nacional, en la Universidad Libre y una más en la Universidad de San Buenaventura, ¿cuál fue el tema de tales charlas?*

– LSR: En la Universidad Pedagógica dicté una conferencia que se tituló *Centricidad y excentricidad en la existencia del ser humano*, en la que intenté mostrar la condición doble o jánica del hombre, centrado siempre en un mundo o circunstancia y, al unísono, excéntricamente lanzado hacia otra tierra por-venir. Esa aporética condición es la que nos mantiene erráticos, en el sentido noble del término, es decir, en el intersticio.

En la Universidad Libre ofrecí una conferencia titulada *Figuras del vacío en Occidente* que tenía por objetivo hablar sobre el modo en que el rumbo actual de Occidente obliga a los seres humanos a la errancia impropia, deleznable, en cuanto trasiego constante en la oquedad de una inercia centrípeta. Las figuras de ese ser-en-el-vacío son modelos de una ‘thanatología’ inherente a nuestro presente. La conferencia, por cierto, se tuvo que interrumpir apenas comenzada, a causa de una protesta estudiantil contra los escasos medios económicos con los que cuenta esa universidad. La protesta, que considero justa, vino a testimoniar que la esperanza, si la hay, vendrá de las nuevas generaciones y bajo el modo de la resistencia.

La disertación de la Universidad de San Buenaventura se tituló: *Mundanía cenital. Por una ética de la responsabilidad existencial*; en ella procuré perfilar el tipo de normatividad que le es propia al ser-errático, en la medida en que éste se ofrece siempre como ‘entre’ o ‘puente’, la responsabilidad existencial radica en el cuidado del intersticio que liga diferencia y por mor de su diferencia, a comunidades, tiempos y espacios de vida en general.

Finalmente, la disertación en la Universidad “El Bosque”, en el marco de su *Congreso Institucional de Investigaciones*, me referí a *La crisis existencial de Occidente. Ontología de las patologías de civilización*, y en

ella traté sobre las nuevas formas del malestar en Occidente, expresiones del vacío existencial al que me he referido.

– JDZD: *¿Qué impresión se lleva de Colombia?*

– LSR: Recientemente, Chantal Mouffe ha dicho, en una entrevista realizada en el periódico español *El País*, que es necesario latinoamericanizar Europa. La filósofa tiene toda la razón y ha expresado lo que experimento desde hace mucho tiempo. Colombia y, Latinoamérica en general, resiste a la colonización occidental. Y no sólo eso. Pone en obra un modo de ser-en-el-mundo distinto, en el que la diferencia no es todavía allanada por el rodillo de la racionalización instrumental, en el que mixtura, florece y enriquece, en el que el lenguaje es vivo, creativo, en el que el encuentro sereno y productivo entre los seres humanos es todavía posible... Colombia expresa todo esto a su manera, que es, por lo que he podido experimentar, la de un pueblo elevado en su sencillez, ingenioso en la palabra, cálido y honesto en el trato, inventor a cada paso. Colombia es realismo mágico, uno de los umbrales hacia otra tierra más digna.

– JDZD: *Muchas gracias.*

– LSR: Es un placer. Muchas gracias a usted.